

inspire tu deseo, en vez de esperarlos de mujeres desconocidas?

Asclytio se sonrió al escuchar estas palabras y respondióle en voz baja:

—¿Y cuándo ha de ser la ejecución de tus proyectos?

—Esta noche á la hora sexta. Una espléndida fiesta ha de tener ántes lugar en el palacio del Duunviro, donde es preciso que te introduzcas acompañado de todos tus camaradas. La embriaguez de los licores habrá tenido tiempo de pasar de los señores á los esclavos: encadenad á éstos y apoderaos de los otros, y una vez que estén Bibulo y Marcio en vuestro poder, yo me encargo de los demas.

—Pero ten presente que hay una legion entera acampada á las puertas de Nemausus, y que apénas puedo yo reunir y responder de unos doscientos hombres.

—Yo sabré paralizar los esfuerzos de esa legion.

—¿Debo ahogar á Fausto en el festin?

—Guárdate bien de tocar ni á uno sólo de sus cabellos si allí le encuentras, y déjale en completa libertad.

—¿Está ganado por tí?

—Lo estará, yo te lo juro, cuando sea la hora convenida.

—En ese caso, nada puede impedir nuestro triunfo.

—Sólo tu negligencia, Asclytio. Lo que te recomiendo sobre todo es la exactitud y la puntualidad. No retardes, pues, la ejecución de tu consigna: bien sabes que por haber dormido demasiado los conspirados que debian sorprender á Augusto en el Capitolio, no lo encontraron allí cuando fueron á buscarlo.

—Yo tengo en qué entretener mi sueño hasta la hora fijada—respondió Asclytio.

—¿Qué piensas hacer pues?

—Elegir, quizás, la casa de la cual haya de ser propietario.

Después de esta conversacion se separaron, y Vintex tomó el camino de la posada donde se alojaba.

#### IV.

Próxima ya la hora del festin que debia celebrarse en la residencia de Bibulo, Eumolpe recomendaba á Cneyo que debia marchar, y áun se ofrecia con la mayor solicitud para acompañarle, siendo de ver y llamando la atencion del jóven la diligencia que mostraba el poeta por presentarse á recibir los azotes que le habian tocado en suerte, debidos á la munificencia del Duunviro.

Cneyo no pudo ménos de manifestar al griego su extrañeza; pero Eumolpe, cuya

melancolía habia desaparecido como por encanto, en vez de turbarse contestó con su habitual énfasis á las observaciones del jóven, haciendo una exposicion de preceptos de la más severa filosofía, diciéndole:

—El hombre justo no puede ni debe entregarse á la desesperacion ni á la tristeza por los contratiempos ó adversidades de la vida: las más amargas tribulaciones no son sino terribles pruebas á que se somete la grandeza de las almas; y siendo esto así, debian con mayor motivo ser considerados los dolores físicos como un mal muy secundario, admitiendo como cierta la existencia del mal, cosa que me sería fácil demostrar que no existe.

Al fin se pusieron en marcha, dirigiéndose al palacio de Bibulo, admirando Cneyo la resignacion de Eumolpe hasta el punto de modificar el concepto en que le tenía desde el poco tiempo que databa su conocimiento, y haciéndole formar una idea más favorable respecto á las cualidades morales del poeta.

Al llegar á la vista del palacio de Bibulo, observaron que todo el espacio de su frente estaba dividido por extensas barreras, presentando un suelo terraplenado y allanado con esmero, donde un considerable número de personas se ejercitaban y entretenian jugando á la pelota. Allí, como

en todo cuanto intervenia la mano del Duunviro, el lujo tocaba los límites del exceso, y veíanse por todas partes sus esclavos recogiendo las pelotas que por haber tocado en tierra ó por otra causa cualquiera no se consideraban ya dignas de continuar sirviendo á los jugadores, siendo reemplazadas por otras que ofrecian diferentes esclavos, llevándolas en canastitos de mimbres.

Eumolpe llamaba la atencion de Cneyo sobre los jugadores y le hacia observar la destreza de algunos de ellos, extremando tanto sus aplausos é incitando al jóven con tan exagerada porfía para que tomase parte en aquellos juegos, que éste juzgó al cabo ridiculas sus instancias. Luégo ocurrió á Cneyo la sospecha de que quizás quisiera Eumolpe entretener su atencion por este medio para que no fuese testigo presencial de la afrenta que le esperaba á la puerta del palacio, y en esta suposicion, deseando evitarle aquel sonrojo, empezó á aparentar un gran interes y una gran preocupacion por los incidentes del juego. Apénas volvió la cabeza notó que Eumolpe se alejaba, pero lo hacia con tal rapidez que Cneyo no pudo ménos de seguirle con la vista, no dejando de infundirle recelos aquel apresuramiento. Una súbita sospecha asaltó al jóven, que fué á buscar en

el bolsillo de su túnica la tableta que contenía la invitación para asistir al banquete de Bibulo, y pudo ver que Eumolpe se había apoderado de ella sustituyéndola con la de los azotes. Cneyo se lanzó velozmente en persecución de Eumolpe, y alcanzándole en el preciso momento que mostraba su billete al portero, se lo arrebató de las manos. Eumolpe quiso disputárselo, y como Cneyo le dirigiera severas reconvenciones por su inicua traición, el poeta comenzó á declamar poniendo por testigos á todos los dioses de que aquel jóven era un impostor sin nombre y sin familia á quien él mismo había ofrecido un asilo, cuyo beneficio y caridad le recompensaba queriendo arrebatárle el honor de estar á la mesa con el divino Bibulo. Este altercado atrajo la atención de jugadores y espectadores que se fueron aproximando, riendo todos de los esfuerzos y razones de ambos contrincantes, que pretendían para sí la honra del banquete y para su adversario la afrenta de los azotes.

La ancianidad es una cosa muy digna de veneración y de respeto, pero la juventud y la belleza son un gran poder. Por otra parte, la ancianidad ridículamente presentada llega con facilidad á ser objeto de mofa, mientras que la juventud altanera interesa y se impone á la vez.

El fallo de la opinión estaba dictado y todos gritaban que era necesario azotar al poeta y dejar pasar al jóven. En aquel momento Bibulo, atraído por el rumor y algazara de aquellas voces, se presentó en la puerta de su palacio, queriendo informarse personalmente de lo que ocurría. Al efecto, para constituir su tribunal y escuchar las razones de los dos pretendientes, hizo que un esclavo se hincase de rodillas con las manos en el suelo y le presentase las espaldas, donde tomó asiento, ordenando á aquellos con la mayor gravedad que expusiesen sus derechos. Aquel extraño juicio y singular debate había hecho agruparse en torno del Duunviro una considerable masa de gentes, y ya unos se ponían de parte de Eumolpe, ya otros se interesaban en favor de Cneyo, cuando anunció Bibulo que se disponía á pronunciar su sentencia, que dicho sea de paso, tenía que responder á las pasiones y sentimientos de un hombre como el Duunviro. Un miserable bufon le debía parecer preferible á un jóven y noble patricio: Bibulo esperaba obtener más distracción y divertimento con la ridiculez del poeta que con la sinceridad del jóven, y declaró que no podía reconocer como propietario de la invitación sino á aquel que la tuviera en sus manos, y que, por consiguiente, que el ho-

nor de asistir al banquete correspondia al que se presentase con dicha invitacion. Eumolpe triunfaba, pero Cneyo no se dejó abatir por aquel fallo, y adelantándose al portero, gritóle con arrogancia :

— Esclavo, ya has escuchado la sentencia de tu amo : aquel que tenga en sus manos la invitacion es el propietario legítimo. Yo acabo de arrancarla por la fuerza á este hombre que me la habia usurpado por el engaño : déjame pasar.

La muchedumbre aplaudió este rasgo de noble osadía que demostraba al par un oportuno ingenio : Bibulo sólo pareció contrariado, y exclamó impulsado por su despecho :

— Mi fallo es justo y yo lo sostengo. Cada lote ó premio será pagado al portador del respectivo billete, y como este jóven posee á la vez la invitacion al festin y la promesa de veinticinco azotes, deberá gozar de ambas cosas : primero los azotes y despues el banquete. Vamos, pues; despachad con diligencia este asunto—gritó á sus esclavos—porque ya veo que empiezan á llegar mis convidados.

Y Bibulo se alejó sin prestar oidos á las reclamaciones de Cneyo.

Varios esclavos se apoderaron del jóven, y como opusiese una tenaz resistencia le derribaron al suelo y le sujetaron por las

manos con una cuerda á uno de los postes ó estacas que limitaban el juego de la pelota, empezando á azotarle despues de haberle despojado de sus vestidos para dejarlo desnudo hasta la cintura.

Entre tanto habian ido llegando los convidados de Bibulo, sin que apénas ninguno de ellos procurase averiguar la causa del tumulto que tenia lugar en aquel sitio.

Habíase podido observar que despues de haber empleado Cneyo todo el esfuerzo de sus brazos y de sus pulmones para evitar este suplicio, habia repentinamente cambiado de conducta y sufrido aquél hasta su término con una resignacion notable y extraña. El furor y la cólera del jóven habia excitado el furor y la cólera de los esclavos, y su aparente y súbita sumision no disminuyó el enañamiento de estos miserables que, acostumbrados á semejantes castigos, se imaginaban que Cneyo soportaba los azotes con la misma indiferencia que los sufrían ellos; pero algunos ciudadanos de los que se habian aproximado para presenciar aquel espectáculo, atentos y prudentes observadores de la expresion que se retrataba en el semblante de Cneyo no pudieron ménos de comprender que aquel sombrío silencio no auguraba sino venganzas, y uno de ellos exclamó :

—No sería yo ciertamente el huésped que diera de comer esta tarde á ese jóven.

Ya estaba casi á punto de terminar el suplicio de Cneyo cuando se operó un gran movimiento en aquella masa de gentes, precipitándose todos hácia la vía que conducía á la puerta principal del palacio.

— ¡Qué lujo!

— ¡Qué ostentacion!

— ¡Qué pompa!

— ¡Qué magnificencia!

Así exclamabam por todas partes, y en efecto era un suntuoso cortejo el que avanzaba.

—Ved esa opulenta litera—gritaba uno— no está cerrada de cristales, pero sí con unas planchas de piedra tan trasparente que dejan penetrar la luz y la claridad. Ved los ocho esclavos que la preceden y los ocho que la escoltan, todos en magníficos caballos, y aunque la noche no ha extendido su negro manto de tinieblas, todos ellos llevan hachas encendidas, como si el sol que alumbrá al pueblo fuese indigno de alumbrar á Silia!

— ¡Silia! ¡Silia!—gritó Cneyo con voz atronadora.—Ciudadanos, haceos á un lado, yo os lo ruego, para contemplar la comitiva de Silia y su esplendor al encaminarse al festin de Bibulo.

Después volvió á gritar:

— ¡Silia! ¡Silia! ¿Por qué has tenido cerrada hoy tu puerta?

Silia, entretenida con la conversacion de un jóven patricio que marchaba al costado de su litera, apénas levantó la vista cuando oyó pronunciar su nombre y pasó sin preguntar quién era aquel jóven tan cruelmente flagelado, y sin parar mientes siquiera en el sentido de las frases que confusamente había escuchado.

Enseguida soltaron á Cneyo, y los mismos esclavos que habían sido sus verdugos le atestiguaban el sarcasmo de sus respetos, invitándole á penetrar en la morada de su señor.

— No temais que deje de ir—respondió Cneyo con la calma de un reconcentrado furor.—Servidme de guías, que ya os sigo.

Y penetró resueltamente en el palacio, sobre cuya puerta leyó la siguiente inscripción:

«TODO ESCLAVO QUE SALGA SIN PERMISO EXPRESO, RECIBIRÁ  
CIEN AZOT'S.»

Un esclavo con túnico verde y cinturón escarlata era el guardián de esta puerta, y se ocupaba en mondar guisantes, que iba depositando en un jarro de plata.

Una picaza ó urraca, encerrada en una jaula dorada, estaba al lado de aquel criado y saludaba en nombre de su amo á todos los que entraban; pero en el mo-

mento de pasar Cneyo por delante de ella enmudeció, llamando á todos la atención que habia cesado su sempiterna cháchara.

Los curiosos se retiraron en silencio, diciéndose alguno de ellos para sus adentros:

—Algo malo va á suceder esta noche en casa del duunviro.

Dejarémos por ahora á Cneyo, que entró rápidamente en el interior del palacio, donde desapareció á las miradas de todo el mundo, y sigamos á los convidados que vagaban por todos los salones aguardando la presentación de Bibulo, mientras que varios esclavos les hacían observar el esplendor de los muebles y la riqueza de las mil maravillas y joyas de arte acumuladas en aquella morada. En el atrio estaban los muros cubiertos de pinturas y bajo-relieves que representaban episodios de la vida y hazañas del propietario: aquí, el combate en que se habia distinguido su valor; allí, la primera causa que habia abogado en el foro; más léjos, su elección á la magistratura, y por todas partes relevantes y pomposas inscripciones con la explicación de esos y otros sucesos. Sobre el pórtico veíanse otras pinturas aún más magníficas, con motivos tomados de la *Odisea* y de la *Iliada* (1), ó bien con imágenes de

(1) Títulos de dos celebrados poemas del inmortal

sacrificios y otros espectáculos. Dos extensos cuadros se hallaban colocados á derecha é izquierda de la puerta de entrada del triclinio: el uno representaba el curso de la luna y la marcha de todos los planetas, y el otro las alegorías de todos los días del año, señalados con puntos blancos ó negros según eran tenidos por días aciagos ó días de buena estrella. El lujo de Bibulo resplandecía por todas partes: todos los muros de los pórticos estaban adornados con brillantes panoplias y trofeos de armas pulidísimas, y en lugar preferente veíase un monumental armario de ébano donde estaban expuestos los penates de plata y lares protectores de su familia, una pequeña estatua de cristal y un cofre con incrustaciones de oro y plata que encerraba la primera barba del duunviro. Varias lámparas de bronce y plata pendientes de las bóvedas alumbraban el pórtico, bajo el cual se reunieron al fin todos

Homero, rey de la poesía griega. En la *Iliada* relata el poeta los principales acontecimientos de la guerra de Troya y huida de Eneas con su anciano padre Anquises: consta de veinticuatro cantos, y el último se refiere á la desastrosa muerte de Héctor, el hijo de Priamo. En la *Odisea* hizo la historia de las aventuras de Ulises cuando después de la guerra de Troya volvía este héroe á Itaca, su patria. Se cree que Homero vivió mil años antes que J. C.; pero algunos críticos han dudado de la realidad de su existencia, atribuyendo sus obras á los poetas cíclicos, cuyos fragmentos fueron reunidos por Pisistrato.

—(N. del T.,

los convidados. Allí les fué entregado á cada uno de ellos un riquísimo manto de púrpura y dos monedas de oro: despues de esto se colocó un esclavo á la cabeza del grupo y dió la señal de la entrada, gritando:

—¡Con el pié derecho!

Así penetraron todos en la sala del festin, y el triclínarca ó maestro de ceremonias señaló á cada cual el lecho que debia ocupar.

Cuando todos se hallaban colocados en su respectivo sitio, penetraron varios esclavos egipcios con ánforas y jofainas de plata para lavar con agua de nieve las manos de los convidados, y terminada esta operacion, se aproximaron otros esclavos pedicuros que les lavaron los piés, recortándoles las uñas y las callosidades con una destreza admirable.

Cada cual estaba en su puesto y no faltaba nadie más que Bibulo, Silia y Fortunata. Uno de los convidados, inclinándose al oído de Fausto, le dijo en voz baja:

—Bibulo usurpa tambien el privilegio de las mujeres hermosas haciéndose esperar.

—Sí, pero á pesar de todo su poder no conseguirá nunca arrebatarnos el de hacerse desear—respondióle Fausto.

Casi en aquel momento se presentó Bí-

bulo excusándose de haber faltado á la debida cortesía con su tardanza, cuya causa habia sido la duracion de una partida de ajedrez, en la cual habia sido vencido por Silia. Y como para Bibulo era una necesidad la ostentacion de todo lo que poseia y de todo lo que hacia, consideró del caso explicar á la reunion la jugada que le habia hecho perder, á cuyo efecto mandó que le trajesen el tablero de madera de Terebintho con las casillas de marfil y cristal y las piezas de plata y oro, lo más artísticamente esculpidas.

Despues de esto, á una señal de Bibulo fué presentado el primer servicio del banquete, que pareció espléndido: era una enorme bandeja en cuyo centro estaba colocado un elefante de bronce dorado, que llevaba á sus costados unos cestos de plata con aceitunas verdes y aceitunas moradas, y sobre el lomo una elevada torre de muchos pisos y en cada uno de ellos un plato diferente con exquisitos manjares. Todos los platos eran de metales preciosos y llevaban grabados en sus bordes el contraste de sus pesos respectivos y el nombre de Bibulo, su propietario. Alrededor de aquel gran monumento veíanse diseminadas multitud de vasijas de diversas formas, elevadas sobre altares, sobre puentes, sobre pirámides ó sobre escalinatas, y contenien-

do mil variadas clases de golosinas y frutas, sin que faltase la exquisita ciruela de Siria. Al mismo tiempo un esclavo colocaba sobre la mesa otro enorme plato, en el cual veíase posada una hermosa gallina cubriendo sus huevos con una imitación tan artística y perfecta, que ciertamente ilusionaba y engañaba á ojos que no estuviesen experimentados en estas preparadas sorpresas. No eran, sin embargo, huevos de gallina los que ocultaba debajo de sus alas, sino huevos de pavo real, que los esclavos distribuyeron al punto entre los convidados.

—Os recomiendo que examineis con mucho cuidado estos huevos—exclamó Bibulo—porque yo no os garantizo que sean de una excelente calidad. Me he visto en la imperiosa necesidad de que os sirvan las viandas que mi cocinero ha podido procurarse, y abrigo el temor de que sean tan añejos que quizás encontréis dentro de ellos algun pequeño pavo en vísporas de picar la cáscara.

En efecto, al romper los huevos, cada convidado encontró dentro del suyo una crespóndola (1) envuelta en hilado de huevos y sabrosas setas.

(1) Papahigo ó papahigo, ave parecida al mirlo, cuya carne es delicada y exquisita.—(N. de T.)

Después de esto, á una señal de Bibulo dejóse oír la armonía de una orquesta invisible, y mientras tanto los esclavos acudieron á retirar los platos servidos, presentándose otros esclavos etíopes con jofainas y ánforas de plata para bañar de nuevo las manos de los convidados, haciéndose uso esta vez de un agua perfumada con incienso y esencia de rosas, de cuyos aromas quedó impregnado el ambiente de la estancia, y en seguida aparecieron los esclavos dispenseros para escanciar el vino que llevaban en botellas de cristal esmeradamente taponadas, en cuyos cuellos veíanse unos pequeños tarjetones de marfil con la inscripción: *Faustero del consulado de Lucio Opimio* (1).

Mientras que servían aquel licor con suma profusión verdaderamente espléndida, fueron sorprendidos los convidados con la presentación de un esqueleto de plata que un esclavo colocó sobre la mesa, y que moviéndose automáticamente por secretos resortes, dió una vuelta alrededor de ella, excitando la general admiración.

Desde el principio del festin, Fausto, que se hallaba colocado en una de las extre-

(1) El consulado de L. Opimio fué 121 años antes de J. C., lo cual da al vino servido en la mesa de Bibulo en tiempos de Nerón una añejez de cerca de doscientos años.— N. de T.)



midades del salon, buscaba con insistente interes las miradas de Silia, de cuya fisonomía no podia desaparecer un marcado sello de tristeza, á pesar de las distinciones y halagos que la prodigaba el duunviro.

Queriendo Bibulo proporcionar á Silia un motivo más de distraccion, preguntó que por qué se notaba en la sala la ausencia de uno de los convidados, y á propósito del ausente refirió, todo lo mejor y más chistosamente que pudo, la aventura de los dos pretendientes al premio del banquete, los incidentes del juicio celebrado por él y el fallo de dicho juicio, cumplido en todas sus partes. Esta narracion trajo á la memoria de Silia las palabras que confusamente escuchó pronunciar, dirigidas á ella, cuando penetraba en el palacio de Bibulo, y preguntó con interes la edad que sobre poco más ó ménos podria tener el jóven, informándose muy especialmente del talento y demas señas personales del sujeto que le habia querido disputar su puesto en el festín. Pero las ricas vestiduras con que Eumolpe se habia engalanado en casa de Fausto impidieron á Silia sospechar que aquél fuera el miserable poeta que se le habia presentado por la mañana en su palacio. Fausto, por el contrario, reconoció en el acto á sus huéspedes y de-

mostró un vivo interes por saber dónde se encontraba el más jóven, contestándole un esclavo que se le habia visto penetrar en el palacio de Bibulo despues de los azotes, pero que sin duda volveria á salir, porque no se le veia por ninguna parte.

— Pues bien, gritó Bibulo; que le busquen por toda la ciudad y que sea conducido inmediatamente ante nuestra presencia diciéndole que esa es la voluntad de Silia.

— No, exclamó ésta prontamente, es inútil; si he preguntado por él ha sido por simple curiosidad.

— Que nos sirvan, pues, con más esmero y prontitud, gritó Bibulo dando por terminado aquel incidente. — Se nos hace esperar como en una mala hosteria del país.

Al punto, y como pronta consecuencia de aquella órden, vióse aparecer un nuevo servicio que causó la admiracion general, no tan sólo por su magnificencia, sino tambien por su originalidad. Consistia este servicio en un globo inmenso, en cuyo círculo ecuatorial estaban representados los doce signos del zodiaco, sosteniendo cada uno de ellos un plato con manjares ó frutos propios de la estacion que aquéllos presidian. Sobre el de Aries veíanse magníficos guisantes; sobre el de Tauro, un

jarrete de vaca; sobre el de Géminis, un par de riñones; sobre el de Cáncer, una corona; sobre el de Leo, los exquisitos higos de África; sobre el de Virgo, los higos de una ternera; sobre las balanzas de Libra, dos copiosos panales de miel de abejas, y, en fin, sobre el de Escorpio, sobre el de Sagitario, sobre el de Acuario, sobre el de Piscis, veíanse colocados un rodaballo, una liebre, una langosta, unos barbos y un ánsar.

Al mismo tiempo que colocaban aquel monumental servicio sobre la mesa, un esclavo distribuía el pan contenido en una cesta de plata. Todos admiraban la ingeniosa y discreta colocación de los platos, así como la exquisita calidad de éstos, hasta que Bibulo exclamó en voz alta:

— Las minas de plata y oro están en el centro de la tierra, y por consiguiente, en el centro de este globo debemos buscar los manjares de más estima.

A una señal de Bibulo fué descubierta la parte superior del globo, y pudo verse que en su interior encerraba los condimentos más apetitosos con las aves y los pescados más exquisitos.

Cada cual se dedicó á comer lo que más fuera de su agrado, mientras que Bibulo decía:

— Este aparato que yo he mandado

construir presenta efectivamente en su exterior platos y manjares que no son de gran mérito y valor, pero contiene en su seno los de más aceptación. Así he querido demostrar que no debemos dejarnos convencer por las cosas que á primera vista se ofrecen á nuestros ojos, para que esto sirva de lección á los que juzgan y sentencian con arreglo á las exterioridades. También encontraréis dentro de este pequeño mundo el horóscopo de vuestras condiciones personales; porque bien sabéis que cada signo ejerce una determinada protección sobre el carácter de la persona que ha nacido bajo su influencia. Así, pues, que cada uno de vosotros escoja uno de esos horóscopos, según sea el signo á que corresponda la fecha de su nacimiento y que represente su verdadero papel. Este es un juego muy original y agradable por la violencia de los contrastes, y en la corte de Neron, donde yo le vi practicar, estuvo Séneca obligado á embriagarse, y Flavia, la bella romana, nos pareció encantadora hablando el lenguaje de los bandidos.

Aunque todos considerasen aventurada la tal proposición, se dispusieron de buen grado á aceptarla, y cada cual pronunció un discurso en analogía con el carácter que debía representar.

En seguida se incorporó Bibulo, haciendo lo mismo todos sus convidados, y en el acto fueron cubiertos los lechos con ricos paños ó tapices de lana, bordados en seda, cuyos dibujos figuraban episodios y asuntos de montería. Unos á otros se preguntaban cuál sería el objeto de aquel nuevo detalle, cuando súbitamente vieron abrirse con estrépito una de las puertas, por donde conducian un enorme jabalí de Laconia colocado sobre una extensa bandeja de plata sobredorada, oyéndose al mismo tiempo los ecos de una trompa de caza.

Aquella res figurada traía la cabeza cubierta con un gorro de liberto, y sostenía en sus colmillos dos canastillos de palma, lleno el uno de dátiles de Judea, y el otro de dátiles de la Tebaida. Alrededor de la bandeja estaban colocados unos jabatos de pasta cocida, en número igual al de los convidados, y cada uno de ellos encerraba un obsequio ó presente que la esplendidez de Bibulo ofrecía á sus comensales. Uno solo quedó sin dueño, porque era el que correspondía al convidado que no se había presentado.

— Por la fe de mi palabra os aseguro, dijo Bibulo, que he confiado á mi cocinero la eleccion de estos regalos, y deseo ver si ha estado oportuno en este caso,

Rota la pasta de aquel jabato, descubrióse que ocultaba un magnifico puñal, lo cual no pareció de buen presagio á alguno de los presentes, é hizo palidecer á Silia.

— Ved aquí perfectamente descifrado lo que parece horrorizaros, gritó Bibulo; sin duda habrá muchos que deseen la muerte mia; pero no hay nadie que se atreva á empuñar el arma homicida.

Y arrojó el puñal con desprecio lejos de sí.

— ¡Vamos, vamos! gritó de nuevo palmoteando con las manos; que se nos sirva el vino en abundancia y veamos qué es lo que nos ofrece ese enorme animal.

A la voz de aquel mandato, un esclavo en traje de cazador y armado con un ancho cuchillo, dividió de un solo golpe el vientre del jabalí, de donde escaparon innumerables zorzales vivos, que en el acto fueron cogidos por los otros esclavos y preparados y servidos en ménos de un minuto.

En medio del entusiasmo y de la animacion que excitaban todas aquellas sorpresas, uno de los convidados preguntó cuál era el significado de aquel gorro de liberto colocado en la cabeza del jabalí.

— Ayer, dijo Bibulo, ha sido presentado en mi mesa este animal sin que nadie

castiase de él. Entonces yo le mandé retirar, lo cual significaba devolver su libertad á los prisioneros que encerraba, y por eso le adorné con ese gorro.

— ¿Pero hoy?... objetó el que habia hecho la pregunta.

— Teneis razon, exclamó Bíbulo, hoy no le cuadra bien: ¿qué hacemos con este gorro?

En aquel momento vió Bíbulo un jóven esclavo que acertaba á pasar por su lado con unos cestos de uvas, y deteniéndolo, le dijo:

— A propósito: colócate este gorro y quedas liberto.

El esclavo cayó de rodillas.

— ¿Cuál es tu nombre? preguntóle Bíbulo.

— Baco.

— Veo que tengo más poder del que yo creía, puesto que acabo de libertar á un dios.

Aquella ocurrencia de Bíbulo le conquistó un aplauso general, aunque muchos sospecharon que la escena habia sido preparada entre el esclavo y el señor.

La algazara y el entusiasmo aumentaba por momentos, haciendo que aun los caracteres más severos tomasen parte en la broma y en la general alegría. La misma Silia, no obstante su melancólica tristeza,

se dejaba dominar por la situacion, y escuchaba sonriente las galanterias de que era objeto por parte de Bíbulo. Fausto les observaba, y queriendo el duunviro entretener la atencion de su rival y la de todos con los variados accidentes del festin, excitó el uso de los diferentes vinos, haciendo beber á unos el de Terracina, á otros el de Tarento, á otros el de Grecia, y á otros, en fin, el de Chipre. Tambien procuró dar cierta especie de animacion á los diálogos, atacando indistintamente á alguno de sus convidados con equívocos punzantes ó desembozadas declaraciones:

— Vamos, Publio, exclamó dirigiéndose al de este nombre; tienes aspecto de querer morirte de frio como de costumbre; toma vino y bebe, eso te calentará. ¿O es que todavía estás impresionado por la muerte de tu esposa? ¡Pobre marido, que lloras sobre su tumba, mientras que ella hubiera dado cita á un amante sobre la tuya! ¿No conoces, por ventura, la historia de la matrona de Efeso?

— ¿Y tú qué tienes, Marcio? ¿Temes acaso que el hambre penetre en nuestras ciudades? Ya que estos cuidados no te preocupan en las funciones de tu cargo, vienen á perseguirte cuando estás entre nosotros, ¿ó es que quizás tienes envidia á la gloria de Safinio? ¡Ah, Safinio!... ¡Ese sí que era

un buen edil! En los campos, es verdad, todos morían de hambre; pero las paneras de la ciudad estaban atestadas de granos. Dos hombres no podían comerse el pan que se adquiría con una pequeña moneda de cobre, mientras hoy día cuesta doble el desayuno de un niño. ¿Qué te importa que el pueblo se muera de hambre mientras nos veas á nosotros nadar en la abundancia? Si mi saliva fuese necesaria para fertilizar los campos, yo no me tomaría ni áun el trabajo de escupirla.

— Todo eso me preocupa bien poca cosa — contestó Marcio. — Lo que sí recuerdo con pena es aquel tiempo en que yo era magistrado en Marsella: allí había otro lujo y se hacía mejor vida que la que hoy hacemos en Nemausus. En vez de los combates de gladiadores que tú nos ofreces, yo daba combates de hombres libres.

— Sí — replicó Bibulo — ya sé que hiciste esas y otras locuras. Ya sé que tu esposa se presentó en las carreras vestida como Palas, guiando un carro de combate tirado por caballos húmedas. Y también sé que en pago de tus complacencias la sorprendiste en los brazos de tu tesorero.

— Entonces sabrás asimismo que yo ahogué al esclavo entre mis manos! — gritó Marcio.

— Sí — contestó Bibulo. — Supe que ha-

bías dado muerte al esclavo, y que tuviste miedo de tocar siquiera con un dedo á tu esposa, porque es una mujer terrible, que te hubiera hecho pagar bien cara la menor injuria. El esclavo, que no había hecho más que obedecer, fué castigado, y aquí viene como de molde aquello de que, «quien no se atreve con el burro, da palos á la albarda.»

A todos causó risa el ver la triste figura de Marcio, que no supo replicar; pero Sicilia no quiso dejar escapar aquella ocasión, y exclamó:

— En efecto, esa es la historia del asno; pero del asno aquel que echaba en cara al mulo la deformidad de sus orejas.

Todas las miradas se dirigieron al sitio que ocupara Fortunata; pero ésta había desaparecido, porque ya era la hora de su cita con Asclytio. Aquella fuga no había pasado desapercibida para Bibulo, quien tenía sin duda muy excelentes razones para no haberse dado por entendido de ella.

En aquel momento penetraron en la sala del festín los homeristas, quienes, habiéndose colocado de pié alrededor de la mesa, entonaron alternativamente los cantos de la Iliada, llevando el compás con los golpes de sus lanzas en sus escudos.

Pero estos artistas casi no eran escucha-

dos, porque las voces, la algazara, el bullicio y la gritería de los convidados dominaban las notas de los cantantes.

De repente, dominando todos los ruidos, retumbó la techumbre, como si fuera á desplomarse y á sepultar á cuantos se encontraban en la sala, haciéndoles estremecer de terror. Bibulo entónces calmó el espanto general, y vieron que la plancha del techo se entreabria para dejar paso á un círculo inmenso que se desprendía desde lo alto, que bajaba lentamente y que se detenía encima de la mesa. Aquel círculo estaba cubierto de magníficas coronas, que causaron la admiracion de los convidados, sobre cuyas cabezas fueron colocadas por las manos de los esclavos. Además, en el centro de aquel mismo círculo habia innumerables vasijas que contenian mil variados perfumes, cuyas esencias embalsamaban la atmósfera, y de trecho en trecho veíanse canastillas primorosas atestadas de pastas y dulces deliciosísimos.

Aquella última sorpresa, que sobrepujaba á todas las anteriores, excitó la admiracion general, y un aplauso frenético y unánime resonó en la sala, mezclándose con las felicitaciones y plácemes que se dirigian á Bibulo por su magnificencia y buen gusto. La misma Silia no pudo dejar de tomar parte en el entusiasmo general,

y dedicó al duunviro las frases más lisonjeras.

Cuando todos estaban entregados al delirio de la orgía, consideró Bibulo que habia llegado el momento oportuno, y exclamó:

— Hace pocos instantes, ¡oh Marcio! yo censuraba tu conducta por haber castigado al esclavo que habia sido seducido por tu esposa, contra la cual no tuviste el ánimo necesario para hacerla objeto de tus rigores y de tu venganza. En aquel mismo momento fui yo tambien censurado por haberte echado en cara tan injusto proceder, y Silia tendria mucha razon para decir las palabras que pronunció, si yo dilatase un solo minuto la ejecucion del acto que vais á presenciar. Pero yo he de obrar de muy diferente manera que tú, Marcio, porque como tú estabas falto de pruebas, te has visto obligado á sobornar á tus jueces. Yo acuso en este momento á Fortunata, y nada tengo que temer de sus denegaciones, porque podré hacerla condenar invocando el testimonio de ciudadanos libres, y no el de esclavos mercenarios. Seguidme, pues, todos y disponeos á ser testigos ante los tribunales de lo que vais á presenciar.

Aquel discurso, pronunciado con aspecto sombrío y con una voz amenazadora.

que dominó la algazara del festin, sorprendió á todos los convidados. Bibulo, con una antorcha en la mano izquierda y blandiendo su espada con la derecha, se lanzó fuera de la sala seguido de todo el mundo.

A pesar de la prontitud de aquella escena, pudo Fortunata tener oportuno aviso de lo que ocurría por la diligencia de un esclavo en quien ella tenía toda su confianza, y que colocado precisamente á espaldas de Bibulo, corrió á prevenir á la esposa de éste tan luégo como escuchó las primeras palabras del duunviro. Fortunata, al recibir aquel aviso, quedó como herida por un rayo; y Asclytio, al oír el nombre de la mujer que le acababa de otorgar sus favores, no se dió cuenta del sitio donde se encontraba y fué acometido de un pánico terror al mismo tiempo que de una violenta desesperacion.

Ya se percibían los pasos de Bibulo y el rumor de los que le acompañaban. Asclytio quiso huir fuera de aquel gabinete, pero no acertó á encontrar la puerta secreta por donde habia sido introducido, y se lanzó hácia otra que conducía al interior del palacio, detras de la cual estaban apostados por orden de Bibulo dos esclavos, que le atajaron el paso. Este incidente sugirió á Fortunata una súbita inspiracion, y em-

pezó á gritar desesperadamente, diciendo:

— ¡Asegurad á ese hombre; no dejéis escapar al culpable, y traedle de nuevo á mi presencia!

Despues, dirigiéndose al esclavo que le habia llevado el aviso, le dijo en voz baja:

— Huye ántes que lleguen y déjame sola.

Y tomando asiento en un lecho, con severa actitud, miéntras que por un lado aparecian los esclavos que habian aprisionado á Asclytio, y por el otro se acercaba Bibulo y sus convidados:

— Sujetad bien á ese hombre — grita Fortunata á los esclavos — pues me respondeis con vuestras vidas si se os escapase.

— ¡Vedlos! — exclama el duunviro al penetrar en la cámara de su esposa, seguido de los que le acompañaban. — Merced á mis precauciones, hemos llegado á tiempo: ved ahí á los culpables. Ciertamente que es para mí una cosa repugnante ofrecerlos el espectáculo de mi deshonra; pero á ello me obliga por una parte la ineficacia de la ley, y por otra las exigencias de los procedimientos que la misma establece. Yo os requiero á todos para que seais testigos de lo que estais presenciando.

Fortunata, que habia escuchado en un principio las palabras de Bibulo con aparente sorpresa, fingió despues sobreponer-